

María Ángeles Pérez López

Antonio Gamoneda: calcinación y pétalo de la rosa

“A rose is a rose is a rose” escribía Gertrude Stein, apelando al principio de identidad y ejerciendo una notable crítica a la indeterminación, al tiempo que aludía a los cambios del lenguaje a lo largo de la historia. Así, la rosa, motivo emblemático de la lírica occidental, ha conocido en la época contemporánea numerosas reescrituras: desde *la rosa blindada* de Raúl González Tuñón, con la que varios poetas argentinos homenajearon a su compatriota al fundar una revista y un sello editorial en el que Juan Gelman editó varios de sus grandes libros, a *la rosa de grasa* “que envejece/ en su cielo de carne” (“Canto villano”) de Blanca Varela, aquella que hedía en un poema anterior de la peruana (“Nadie sabe mis cosas”).

Había escrito Rilke de la rosa que era “pura contradicción”, “voluptuosidad de no ser el sueño/ de nadie bajo tantos párpados”, y su reescritura llevaría a Olga Orozco a imprecisar a un tú desdoblado del yo poético “por más que te deshojes para demostrar/ que la rosa de Rilke no encierra ningún sueño bajo tantos párpados” (“Mutaciones de la realidad”). En esa identificación, para la autora argentina el corazón de la rosa permanece cerrado (“En el final era el verbo”), pero simboliza también el paso del tiempo y de la historia. Y otra argentina, Alejandra Pizarnik, había sentenciado en *Árbol de Diana* (1962) que “la rebelión consiste en mirar una rosa/ hasta pulverizarse los ojos”, como si de esa estaticidad contemplativa surgiera cierta clase de acción ética y estética. ¿Será posible desprenderse totalmente de la flor bellísima? Motivo de reflexión en Ida Vitale, escribió la uruguaya en el poema “Programa”: “Llega a la rosa y piensa en ella./ No te preocupe el hombre./ Él se basta:/ a solas/ prepara su cuchillo”.

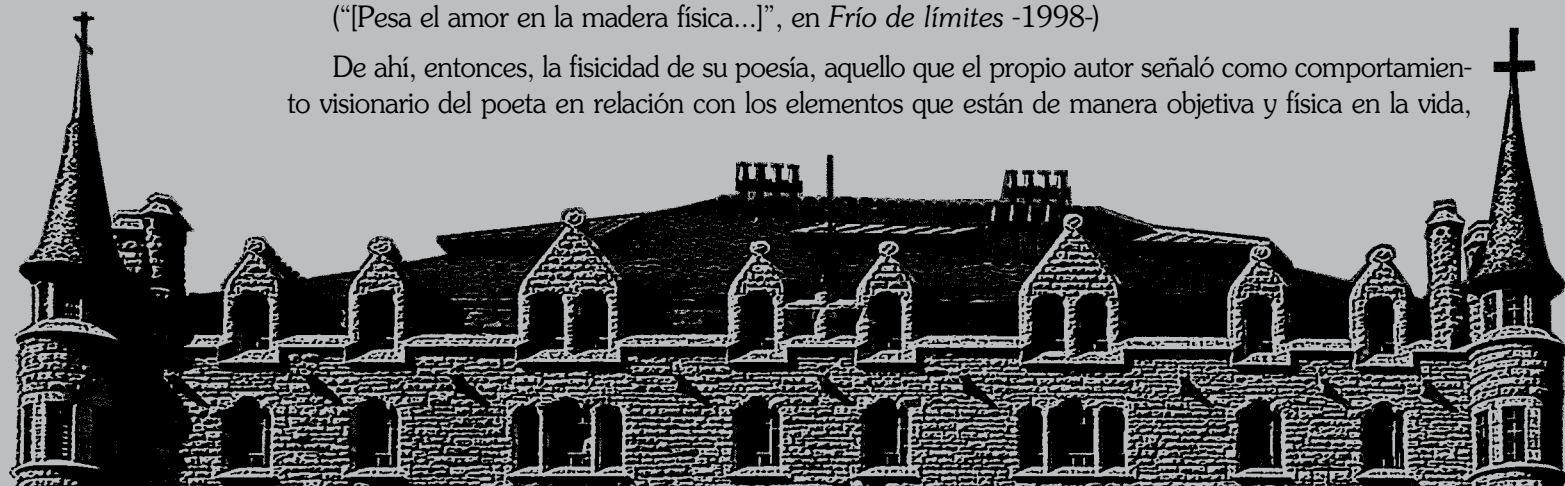
En Antonio Gamoneda, algunas tardes pone Billie Holiday una rosa enferma en sus oídos (“[La memoria es mortal...]”, de *Arden las pérdidas* -2003-). Parece la misma rosa que se halla indecisa entre el perfume y la muerte en “[Alguien ha entrado en la memoria blanca...]” de *Libro del frío* (1992), cuando nos encontramos ebrios de melancolía. También es la que forma parte de una enumeración sorpresiva en el segundo poema de “El vigilante de la nieve”, del mismo libro, pues se alía a la serpiente y la cuchara, bellas “mientras permanecían en sus manos”. Continuando con el prodigioso *Libro del frío*, en “[Eres sabio y cobarde...]”, serán las *rosas temibles* las que contempla el caminante en su “confusión de párpados”. Solo del amor surgirán *rosas de fuego*: “Una rosa de fuego surge de tu vientre y/ clamorosa se abre/ en la sombra inguinal. Después, se adentra/ en mis ojos. Allí/ se calcinan sus pétalos” (“Tus cabellos descienden”, ya en *Canción errónea* -2012-, su más reciente entrega poética hasta la fecha).

Hojas de la flor, espacios para la escritura, convocan a menudo en Gamoneda el lugar de la misericordia que es siempre difícil, que se alcanza con el esfuerzo de quien para asomarse al tiempo ha de llegar al límite de sí, de su pobreza, de su itinerario hacia la muerte; aquel que podrá decir, con la voz ronca del que ha entregado todo en el camino, “he llegado, por fin;/ éste no es mi lugar, pero he llegado” (“[Sobre excremento de rebaños...]”, de *Libro del frío*):

Aún desciende la misericordia (rosa mortal) a la humedad sagrada.

(“[Pesa el amor en la madera física...]”, en *Frío de límites* -1998-)

De ahí, entonces, la fisicidad de su poesía, aquello que el propio autor señaló como comportamiento visionario del poeta en relación con los elementos que están de manera objetiva y física en la vida,



en una excelente entrevista que le realizó la poeta Amalia Iglesias¹, quien concluía en el “compromiso moral con la realidad, con los otros y con la existencia” de Gamoneda.

Aunque muy tempranamente había hablado el gran poeta ovetense de la *rosa infinita que estallaba en su pecho* –“Si una rosa infinita me estallase en el pecho/ y, al llegar el crepúsculo, floreciera en mis labios,/ ¿dejarías que fuese removiendo las sombras/ –porque vives en sombras– con mis manos sedientas,/ con caballos de insomnio galopando en mi frente,/ a ponerla despacio en tus hombros nocturnos?” de su libro *La tierra y los labios* escrito entre 1947 y 1952–, la transformación del motivo será muy notable, como hemos podido atisbar brevemente, y va intensificándose e intensificando nuestra vida como lectores, agudizando la *conciencia de la pérdida*, en palabras del poeta, pero también la lúcida ironía con la que se establece la distancia que el vivir le propone al morir mientras se es.

En *Canción errónea*, Gamoneda se hacía eco de un verso del poeta abulense aunque radicado en León, Gaspar Moisés Gómez, para preguntarse: “«La rosa es bella, ¿y para qué?»:/ Así son tus grandes, tus inútiles preguntas.” (“[Huyes de ti para alcanzar verdades...]”).

Hay en Gamoneda esa claridad dolorosa pero fraterna que se ampara en la experiencia del otro, en su ardua e imprescindible cercanía, lo que lo ha llevado a afirmar, cuando se le pregunta por la poesía: “la consideración de la vida como un accidente no aniquila que tenga contenidos de verdad: el amor, la belleza... algo es algo”². En esa ironía final, no desprovista de cierta conmiseración, sigue latente la certeza de que “la belleza no es/ un lugar donde van/ a parar los cobardes” (en “Sublevación”, de *Sublevación inmóvil* -1960-).

¿Cómo rastrear la presencia de la rosa en la poesía contemporánea en nuestra lengua? ¿Persiguiendo su olor –su *hedor*–, su incómoda belleza? Había aseverado Blanca Varela en “A rosa is a rose” que la rosa “infesta la poesía /con su arcaico perfume”, y José Agustín Goytisolo se burlaría de aquellos poetas que estaban “dale que dale con la rosa,/ con el amor, con las invocaciones/ a una divinidad manoseada y hueca” (“En el café”). A veces me he preguntado si también la rosa será una de esas *palabras incomprensibles* ante las que queda un placer: *ardemos en ellas*, escribe Gamoneda en un poema de *Arden las pérdidas* (“[Hay una astilla de luz...]”). Frente a *la rosa profunda* de Borges, las notas precedentes aspiran fugazmente a poner la obra de Gamoneda en diálogo con algunos de los poetas, americanos y españoles, con los que ha establecido lazos de lenguaje más fecundos, precisamente aquellos que han impugnado y reescrito la tradición de modo más intenso y personal. Uno de los más penetrantes es el que tendió hacia y con el poeta argentino Juan Gelman, que a pesar de su cercanía con la *rosa blindada* una vez escribió acerca de una *rosa blanca* para homenajear los conocidos versos de Martí: “martí yendo viniendo por el aire con los muertos queridos / que vio volar como una rosa blanca // ¿no ves a mis compañeros volar por el aire ochenta años después? / ¿estás despierto para que sigamos diciendo no?/” (“Ruisseños de nuevo”).

De la intensidad de esos lazos de lenguaje parece derivarse un modo de fratría, un desolado pero real espacio de encuentro, aquel que en la intemperie del presente sigue siendo vínculo e imán en su restitución más honda de lo humano. Pétalo calcinado en el que ardemos.

¹ “El triunfo de la justicia poética. Entrevista con Antonio Gamoneda”, *Minerva. Revista del Círculo de Bellas Artes* 4 (2007). En el “Dossier Gamoneda”. Disponible en www.revistaminerva.com

² “Soy un indignado que disiente”, entrevista a Javier Rodríguez Marcos, *El País*, 3 de noviembre de 2012.

